

«No estoy descontenta con mi vida». Entrevista con Michelle Perrot realizada por Jean Birnbaum y Annick Cojean¹

Michelle Perrot

Universidad de París VII Denis Diderot (Francia)

Jean Birnbaum

Le Monde des livres, Le Monde (Francia) ✉

Annick Cojean

Le Monde (Francia) ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/TEKN.105104>
2025

Recibido: 26 de septiembre de 2025 • Aceptado 15 de octubre de 2025 • Avance en línea: 21 de octubre de 2025

ENG «I Am Not Dissatisfied with My Life». An Interview with Michelle Perrot by Jean Birnbaum and Annick Cojean

Cómo citarr: Perrot, Michelle, Birnbaum, Jean y Cojean, Annick (2025). Entrevista con Michelle Perrot realizada por Jean Birnbaum y Annick Cojean, *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, avance en línea, 1-5. <https://dx.doi.org/10.5209/tekn.105104>

Michelle Perrot se esfuerza por romper el silencio, y lo hace precisamente ella que, como historiadora, ha permitido que se escuchen voces que han estado durante mucho tiempo sepultadas. Nos referimos en primer lugar a la voz de la clase obrera, a la que ha consagrado sus primeros estudios, como muestran sus libros: *Jeunesse de la grève* (Seuil, 1984), y también, más recientemente, *Mélancolie ouvrière* (Grasset, 2012). Después a las voces de las mujeres que durante tantísimo tiempo fueron inexistentes para los trabajos de los historiadores. En este caso, el trabajo de Michelle Perrot ha permitido cambiar la situación. Ha sido codirectora, junto a Georges Duby, de la célebre *Historia de las mujeres en Occidente*, una obra clásica traducida en el mundo entero, y ha escrito otras obras importantes, entre ellas, *Les Femmes ou le silence de l'histoire* (Flammarion, 1998) y la *Histoire de chambres* (Seuil, 2009) [Historia de las alcobas, Siruela, 2011]. «Las mujeres están hechas para ocultar su vida», afirma esta historiadora que ha contribuido de forma tan decisiva a combatir «la desigual aproximación a sus huellas». Al proporcionar un lugar a las mujeres que intervienen en la historia ha coadyuvado a crear un espacio para las mujeres que se interesan por la historia, hasta el punto de suscitar gran interés entre las historiadoras.

Michel Perrot ha rehusado con frecuencia evocar su propia vida. En lugar de hacer como tantos colegas varones que han confiado sus recuerdos, participando de este modo en el rico movimiento de 'la ego-historia', ella ha preferido permanecer en un segundo plano. «Quizás me he convertido en historiadora para no hablar de mí, para no pensar en ello, ya que me parecía que el yo, mi yo, no tenía nada de extraordinario», señala en el libro que ha publicado recientemente, titulado *Le Temps des féminismes* (Grasset, 2023). Esta obra presenta un formato un tanto desconcertante pues parte de una entrevista realizada por el periodista Eduardo Castillo. Es una buena idea, y las preguntas están tan bien formuladas que el texto suena poco verosímil, pues oscila entre un ensayo no escrito y confidencias parcialmente desveladas. Es una obra que, sobre todo, tiene un título engañoso, ya que su interés reside menos en lo que Michelle Perrot muestra del movimiento feminista, de su pasado y de su actualidad (nada que sea muy inédito), que en aquellos pasajes en los que acepta sacar a la luz una parte de su propia biografía. Son estos pasajes los que confieren un interés especial al libro, y justamente en ellos es en los que nosotros hemos querido profundizar en esta entrevista.

¹ Con motivo de la publicación en Francia de libro de Michelle Perrot, *Le temps des féminismes* (Ed. Grasset, 2023), - escrito en colaboración con Eduardo Castillo-, el diario *Le Monde* publicó en el suplemento cultural 'Le Monde des livres' (sábado 21 de enero de 2023, pp. 2-3) la entrevista realizada a Michelle Perrot por Jean Birnbaum y Annick Cojean que ahora publicamos en *Teknokultura* traducida al castellano. El equipo editorial de *Teknokultura* queremos expresar nuestro más vivo agradecimiento al diario *Le Monde* por la generosa autorización de esta traducción para nuestra revista, y muy especialmente a Jean Birnbaum, Annick Cojean y Michelle Perrot por esta gran entrevista. Hacemos extensivo este agradecimiento a Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría por las gestiones y la traducción.

«No se nace feminista, una se convierte en feminista», dice en su libro, siguiendo a Gisèle Halimi. Su medio familiar ¿ha contribuido a despertar en usted una conciencia feminista?

He nacido en un medio burgués, pero muy abierto. Mi padre regresó joven de la guerra de 1914-18 con afán de vivir y un espíritu contestatario. Sin llegar a ser un militante en realidad era un tanto libertario, y sobre todo una persona muy enamorada de mi madre. Viví con una pareja de enamorados que salían mucho, iban al teatro, me llevaban a ver las carreras de caballos a Saumur... Tengo numerosos recuerdos muy felices. Mi madre era hija de un ingeniero de la ciudad de París que había perdido a su madre cuando era muy joven, de modo que se vio obligada, cuando tenía quince años, a ocuparse de la casa y de sus dos hermanos. Era 'feneloniana'. Dicho de otro modo, había estudiado en el Liceo Fenelón, uno de los primeros institutos abierto a las chicas. Es preciso no olvidar que fue un decreto de 1924 el que instauró el mismo bachillerato para los chicos y las chicas. Mi madre era muy artista, dibujaba y pintaba mucho, pero no pudo continuar sus estudios, y trabajó con mi padre tras su matrimonio. Por su parte mi padre era negociante en pieles. Tenía una gran tienda en un pasaje de la calle Saint-Denis. Nosotros vivíamos en la calle Greneta, y mi infancia transcurrió en ese barrio de Les Halles, tan vivo y popular entonces. Me eduqué en el colegio Bossuet, regentado por religiosas de la orden del Retiro de Angers. Fue mi abuela, que vivía en Angers, quien tuvo esa idea. ¡Tenía miedo de que mis padres, que eran poco creyentes, fuesen incapaces de obligarme a hacer mi primera comunión! El colegio Bossuet era un lugar formidable. Estaba formado por varios edificios que daban a un gran jardín de la calle de Chabrol. Era un lugar para soñar, pero donde reinaba una moral bastante agobiante. En consecuencia, viví una infancia encantada, pero una adolescencia complicada.

¿Por qué?

¡Por la guerra! Yo tenía once años cuando estalló la guerra. Y en el colegio Bossuet había un discurso culpabilizante que era particularmente agresivo: «Francia es culpable, Vuestros padres no tuvieron un número suficiente de hijos. Esa es la razón de la derrota...» Era como si me hubiesen abofeteado. Me sentí culpable de todo: de ser hija única, de ser una niña, y de que tuviésemos bastante comida para comer. Durante un año me convertí en anoréxica, estaba esquelética, a pesar de que repetía curso. Visto desde la perspectiva de hoy se podría pensar que la causa era la cuestión judía, pero no, yo entonces no sabía nada de eso. Mucho más tarde me enteré de que el escritor Jean-Claude Grumber había vivido, cuando era niño, casi enfrente del colegio Bossuet y, retrospectivamente, me volví a sentir culpable. Pero el principal motivo de la vergüenza en la época era que no carecíamos de nada, mientras que en toda Francia la gente se moría de hambre. Y además todo era siniestro.

Abandonamos la casa para irnos a otra inmensa que estaba en Montmorency (en la actualidad Val-d'Oise), con diecisiete habitaciones, de modo que era imposible calentarla. ¡Nos helábamos! Cuando regresamos del éxodo nos encontramos con que los alemanes habían ocupado nuestra casa de París. Mi madre se lo dejó bien claro a mi padre: «¡Sobre todo tu no vas a ir a hablar con ellos ya que serás incapaz de no gritarles!». Fuimos mi madre y yo - yo tenía entonces doce años- quienes nos acercamos a la casa para decirles a los alemanes que: «Queríamos recuperar nuestra vivienda, que nosotros éramos sus propietarios».

Es la primera vez que evoca esta experiencia de la anorexia. Para usted, que insiste tanto sobre la importancia del cuerpo de las mujeres, esto es algo relevante. ¿Cómo vivió ese momento?

Yo odiaba mi cuerpo. En esa época era muy creyente, incluso mística. Mis modelos eran san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila. Me preocupaba por mis padres que no eran creyentes ni practicantes. ¿Se condenarían e irían al infierno? Mi padre estaba desalentado, no encontraba pieles para comerciar y sus negocios iban de mal en peor. Vivía en la cama totalmente deprimido, se sumergía en sus libros. Para mí esta era la imagen de la guerra. Yo también vivía encamada: padecía una escoliosis y debía de permanecer acostada sobre una plancha. Entonces mis padres me pusieron un pequeño pupitre y leía muchísimo, concretamente leía lo mismo que leía mi padre: literatura rusa y norteamericana. Ahí está esa novela de Sinclair Lewis que encontré recientemente, *Ann Vickers*, (Stock, 1933). Es la historia de una chica joven norteamericana que estudia medicina y se enamora de un hombre que le pide que abandone su carrera y ella se niega a hacerlo, y decide abortar. La acción transcurre en Estados Unidos en 1925... Fue mi padre quien me dijo: «¡Deberías leer esto, está muy bien! Trata de una mujer que asume su propio destino».

En la actualidad estamos muy atentos a las amenazas que pesan sobre el cuerpo de las mujeres, a los riesgos que circulan entre los distintos medios sociales y también en el espacio público, por ejemplo, en el metro. ¿Recuerda haber tenido miedo físico al encontrarse sola con un hombre?

Sí. Cuando era niña pasaba el verano en Poitou, y recuerdo haber sentido que debía de tener cuidado con el vecino de mi abuelo, un campesino de una cierta edad que intentaba por todos los medios acercarse a mí. Un día me vi en una situación muy comprometida: probablemente no me habría violado, pero sin duda me habría acariciado como no hay que acariciar a las niñas pequeñas. En ese momento pasé miedo. Tuve miedo de los hombres. Miedo de un personaje como ese que era un buen hombre, pero cuyos ojos brillaban de concupiscencia. Por lo que se refiere al metro resulta difícil imaginar cómo era el metro del París de la postguerra. Iba lleno hasta los topes. Los hombres intentaban aprovecharse de la situación, eso era algo ya sabido, así que prestábamos atención al lugar dónde nos situábamos. Para mí el periodo de la postguerra fue un periodo de intensa sexualidad. La gente tenía ganas de vivir y

de disfrutar. Por ejemplo, cuando se llegaba a la Estación del Norte, en todos los rincones de la estación había parejas abrazadas. Sin duda veía en ese momento cosas en las que anteriormente no me había fijado. Pero pienso que todo esto estaba muy relacionado con aquella época. La liberación era también la liberación del deseo. Por mi parte todo lo que sabía se lo debía a las pequeñas campesinas de Poitou, que se supone que no sabían nada, pero que en realidad lo sabían todo. Íbamos todas juntas a recoger las vacas para meterlas en la cuadra. El tiempo pasaba lentamente. Entonces me contaban qué era lo que hacían los chicos. Se les notaba que disfrutaban contándolo. Al mismo tiempo me advertían de las cosas con las que debía de tener cuidado.

Usted tenía entonces, en la época de la Liberación, quince años. ¿Cuáles eran por aquel entonces sus sueños?

Soñaba con la clase obrera, y es que la clase obrera había sustituido a los pobres en el sentir de los católicos que me rodeaban. En el colegio Bossuet me habían transmitido la idea de que no debíamos permanecer centrados en nuestro pequeño yo, sino abrirnos a los otros. Nos visitaban misioneros que contaban historias de África, de China... Y de repente pasaron a hablarnos de la clase obrera y del abate Godin, que publicó *La France, pays de mission* (1943). Era la época de los curas obreros. La clase obrera se había olvidado de Dios. Por eso si era necesario hacer algo bueno era en relación con ella. Recuerdo que en una ocasión le pregunté a mi confesor: «¿Podría trabajar en una fábrica, para convertir a los obreros?»

¿Estaban sus padres de acuerdo?

Mi padre quería sobre todo que yo fuese libre, y ser libre, me repetía, es ganarse la vida. «¿Qué quieres ser de mayor? ¿Qué estudios quieres realizar?» Me preguntaba. Y él, a quien le habría gustado tantísimo haber estudiado medicina, me sugería como opción esa carrera. Por desgracia, soy nula en matemáticas, y elegí la historia. ¡Y aquí me ves en la Sorbona que para mí, que llegaba del colegio de las monjitas, era algo absolutamente magnífico! En fin, era un mundo mixto y muy igualitario. A partir de entonces la anorexia quedó lejos. Me encantó la vida, me encantaron los chicos. Sin embargo, marcada por mi educación, seguía siendo enormemente reservada. Pero me gustaba ser seductora.

Usted describe la Sorbona a comienzos de los años cincuenta como un mundo igualitario. Recuerda sin embargo en su libro *Le temps des féminismes* que los profesores comenzaban el curso diciendo: «Buenos días caballeros...»

Sí, pero eso me hacía gracia. Me importaba un bledo. Me encontraba muy bien entre los estudiantes católicos que seguía viendo con frecuencia, y sobre todo entre los comunistas a los que iba a unirme pronto. Sin duda la sociedad francesa de la época era claramente patriarcal. No había ningún método contraceptivo, y el aborto era a la vez una moneda corriente y dramática para las mujeres. Todo esto tenía mucho peso. En la Sorbona no había ninguna profesora que fuese mujer, pero tengo que decir que yo tuve mucha suerte. Gracias a Ernest Labrousse (1895-1988) pude dedicarme a investigar. Incluso le propuse trabajar sobre el feminismo, ya que en 1949 yo había leído *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, y cuando se lo dije se empezó a reír: «¡Oh, señorita, así no hará usted carrera!». Y finalmente trabajé al principio sobre la historia obrera, sobre las huelgas. Al mismo tiempo, más tarde, fue el propio Labrousse quien me animó a hacer una tesis e incluso me propuso ser su ayudante. En general he tenido la suerte de encontrarme con gente bastante feminista.

Después trabajó durante mucho tiempo sobre la historia de las mujeres. La revolución que numerosas feministas esperaban después de decenios ¿está a punto de producirse ahora, en la actualidad?

Me parece que sí. Es extraordinario. Hay un fenómeno de explosión de los feminismos y las feministas son mucho más numerosas que en los años setenta. Para mí la coincidencia entre esta revolución y las elecciones que hice en los setenta, es decir, hace ahora cincuenta años, es una fuente de felicidad. Es preciso, no obstante, ser prudentes, pues, debido a mi oficio, sé que la historia no es un progreso lineal. Sin embargo, es cierto que vivimos un momento intenso de recomposición en las relaciones entre los sexos. ¡Y esto es apasionante y muy satisfactorio de vivir!

Usted escribe que no debe de ser muy fácil ser un hombre en la actualidad. ¿Qué quiere decir?

Cuando se ha sido dominante desde los comienzos de la humanidad vivir esta revolución antropológica no debe de ser sencillo. Me digo esto con frecuencia. Sin duda sería preciso que los hombres se implicasen más en la revolución sexual; de momento, en gran medida, dejan en manos de las mujeres el cuidado de pensar este cambio social. Pero, por otro lado, quizás sería inteligente que las mujeres comprendiesen que es complejo vivir ese proceso. Cuando veo a mi nieto de treinta y dos años, que es adorable, encantador, tengo la sensación de que hay cosas que no le resultan fáciles. No se trata de compadecer a los hombres, sino de comprender que los hombres tienen necesidad de comprender.

Afirma también que «el hecho de ser víctima no autoriza a hacer cualquier cosa» ¿A qué se refiere?

Pienso, en primer lugar, que el pueblo no siempre tiene razón, y que con frecuencia se deja arrastrar por la extrema derecha. Pienso también en las mujeres, y que ellas no tienen siempre razón. Yo soy de izquierdas, diría incluso que soy de una izquierda bastante activa. Pero hay mujeres que hacen elecciones peligrosas, por ejemplo, mujeres de extrema derecha. Yo puedo, en tanto que mujer feminista, posicionarme en contra de una mujer y a favor de un hombre evidentemente. Puedo asimismo pensar que Me Too es un acontecimiento fundamental y me alegro de que la palabra de las mujeres se haya liberado, y de que puedan poner una denuncia con más frecuencia que antes. Pero incluso eso no quiere decir que las mujeres tengan necesariamente razón. En el ámbito del derecho la presunción de inocencia debe ser absoluta, y puede suceder que existan denuncias de mujeres que no estén justificadas. La palabra de una víctima sexual debe permanecer como una palabra de verdad, y no como una exageración fantasmagórica. En ocasiones, el hecho de que alguien sea víctima puede producir el sentimiento de que uno puede decir lo que quiera, hacer lo que quiera, reivindicar todo lo que quiera. ¡Pues bien, no!

Muchas jóvenes feministas acuden a usted, le piden prólogos para sus libros. ¿Cómo vive esta situación?

¡Es verdad, nunca como ahora me había sentido tan solicitada! Por supuesto que estoy muy contenta de poder discutir con mujeres jóvenes, pero ¿cómo decirlo?... Todo ello me parece a la vez un poco excesivo. Me otorgan demasiada importancia. Me encontré en la intersección entre el fenómeno de la dominación masculina que me abrió los ojos, y contribuí a darle una cierta importancia. ¡Pero yo no soy más que la expresión de un movimiento colectivo! Cuando doy una conferencia y me presentan como la fundadora de la 'Historia de las mujeres' me embarga un terrible sentimiento de usurpación. ¡Yo no soy más que la directora de escena de una obra de teatro escrita por otros! Aparentemente la gente tiene necesidad de 'grandes figuras', pero a mí eso me da risa. En ocasiones tengo la impresión de ser el obispo que impone los santos oleos. ¡Lo cierto es que no me lo creo!

En *La Vie derrière soi* (Les Equateurs, 2021) Antoine Compagnon suscita la cuestión del duelo de la escritura. Todo autor o autora se plantea la cuestión de cómo va a conseguir escribir el que podría ser su último libro. ¿Cómo se lo plantea usted?

Yo tengo medio pensado un proyecto que posiblemente no realizaré. Se refiere a la escalera. La escalera es un lugar muy importante en las casas: en los encuentros entre la gente, en cómo se evitan unos a otros cuando se cruzan, en lo que se refiere a la vida, al poder, a las ambiciones. Sueño con escribir un pequeño librito sobre este tema. Sería una buena ocasión para releer *Pot-Bouille* de Zola (1882), que es una magnífica novela sobre las escaleras. Y si aún tengo tiempo y coraje para hacerlo escribiría algo sobre mi gente: mi padre, mi madre, Jean-Claude (El historiador Jean-Claude Perrot, 1928-2021), mi marido que murió tras cinco años de una enfermedad neurológica, y cuya vida no ha sido fácil, una vida que encierra misterios importantes. Pero ¿me atreveré a hacerlo? Estas personas tenían un sentimiento tan fuerte del pudor... Yo misma durante mucho tiempo me he resistido a la autobiografía. Posiblemente esto esté ligado a mi educación cristiana. Consideraba que mi persona no tenía el menor interés. Pero este sentimiento ha cambiado. Posiblemente un día me pondré a hacerlo, pero ¡tengo aún tantas cosas pendientes!

La pregunta acerca del último libro es fundamental, pues todos tenemos en mente a gente cuya obra apreciamos y sobre la que pensamos: «¡Qué lástima que haya escrito este libro de más!» En el argot boxeístico se alude a un boxeador veterano que se empeña en realizar un último combate para el que ya no está preparado. ¿Se ha planteado usted esta cuestión?

Sí, esta idea de un libro que no habría que haber escrito me parece fundamental. Siento una constante ambivalencia sobre ello. Por una parte, me digo: «¿Por qué no escribir un nuevo libro?». Y, por otra, pensando en el tiempo que me queda, me digo: «Es una estupidez». Me preocupo poco de mi edad. Son los otros los que me la recuerdan sin cesar, y esto me obliga a tener que elegir. En el fondo ¿qué es lo que es importante? ¿Qué hacer cuando se llega a una edad avanzada, a una edad a partir de ese momento limitada? Mi nieto acaba de tener una niña. ¿Tendré tiempo para conocerla? Más que sufrir escribiendo este libro de más ¿no sería mejor disfrutar de la vida, salir, leer, releer? Por ejemplo, releer a Proust de la A a la Z, como ya hice dos veces. Eso sería importante. También me gustaría releer a Pascal.

Si tuviese que evocar un momento agobiante de su vida que le haya pesado especialmente, ¿cuál sería?

Quizás algún tiempo pasado en este mismo lugar en el que estamos, en este apartamento en el que os he recibido. Aquí es donde vivieron mis padres. Y la mayor parte de los objetos que veis a vuestro alrededor eran de mis padres. El París de los años cincuenta padeció una terrible crisis de la vivienda. Al inicio de mi relación con Jean-Claude decidimos instalarnos en esta casa. Por supuesto, pensábamos que sería provisional, pero hete aquí que mi padre murió de repente y que, para no dejar a mi madre sola y desamparada, decidimos quedarnos con ella en este gran apartamento en el que ella misma también murió muchos años después, a los noventa y ocho años. Yo tenía una buena relación con mi madre y mi hija Anne estaba contenta de estar con su abuela en la casa, pero creo que Jean-Claude sufría por ello, y tanto más cuando se piensa que tenía un cierto complejo en relación con un medio social más elevado que el suyo.

Nuestra pregunta era la siguiente: «En tanto que mujer ¿hubo cosas que usted no debería de haber aceptado?» Sin embargo, responde refiriéndose al sacrificio de su marido...

Es verdad, creo que mi marido ha aceptado muchas cosas por complacerme. En aquella época la concepción de la pareja era «para toda la eternidad». Estábamos muy bien juntos. Nunca nos arrepentimos de nada, pero él sin duda hubiese querido vivir en otro lugar que no fuese este apartamento del que yo no logré despegarme. Al mismo tiempo cada día me pregunto: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿No tendría que haber acabado con todo esto y recorrer el amplio mundo?» Por tanto, el agobio proviene sobre todo del espacio. Quizás se deba a esto que yo me haya interesado mucho por los espacios, la habitación en el pasado, y quizás en un futuro la escalera. ¡Por la escalera se puede salir, e incluso se puede cabalgar por ella!